

LAS AVES



Se ha celebrado en Viena un Congreso ornitológico, que ha estudiado principalmente los medios para proteger á las aves de los campos, conjunto de providenciales protectores de los sembrados y legión de implacables enemigos contra los voraces insectos que minan las plantas chupando sus raíces, beben la fecundante savia de los árboles, destrozan la yema antes de convertirse en flor, y agostan la flor para que no se trueque en fruto nutritivo y sabroso. Entre esos auxiliares alados del agricultor, los más diminutos son generalmente los más intrépidos, más útiles los más desdeñados, y más serviciales los perseguidos con mayor ensañamiento.

El mochuelo y el buho, víctimas en muchas ocasiones del furor de los campesinos, que los clavan en las puertas con las alas tendidas, devoran á millares los ratones de los campos, los musgaños y los murciélagos. El cuervo, no exento de responsabilidades ciertamente, inmola saltamontes, langostas y roedores de todo género. El cuclillo consume orugas sin cuento y lombrices, que desentierra con las patas y el pico. La verdosa curruca aniquila sin trégua pulgones del trigo; el aguzanieve limpia de voraz insecto los granos de los cereales, y la canora alondra come orugas y langostas sin interrumpir sus alegres cantos.

Cierto que los tordos picotean algunas uvas, mas también protegen las vides contra los caracoles y babosas. Las correderas, los escarabajos, la altisa, los abejorros, la estípula de la avena, la polilla de los trigos, los gusanos y huevos de las hormigas, tienen por enemigos jurados á numerosas avejillas, algunas de las cuales, á imitación de las golondrinas, cogen los insectos al vuelo. El estornino devora trescientas babosas al día, y no acabaríamos si hubiésemos de citar todas las

aves que libran de enemigos á las plantas y ganan sobradamente los granos de trigo, de cebada y de centeno, ó los yeros, algarrobas y cañamones con que se regodean.

Está, pues, sobradamente sincerado el empeño de estudiar la manera de proteger á los pájaros, que se ha manifestado en el Congreso ornitológico. Precisamente por doquiera se nota un verdadero furor por destruir las más beneficiosas especies de volátiles. La glotonería y la moda se han puesto de acuerdo hace tiempo para tan diabólica faena. Empléase todos los años un considerable número de plumas en adornar los sombreros, y de ahí implacable caza á las aves indígenas y exóticas.

Los martin-pescadores, las chotacabras, los petirrojos, las currucas, los estorninos, los pinzones, los jilgueros y otras especies caen á millares en las asechanzas ó bajo el mortífero plomo. A unos se les arrancan las vistosas plumas, á otros el blando edredón, y de ahí que vayan desapareciendo de las campiñas y de las playas los hermosos pájaros que un día los alegraron con sus cantos ó con los colores de sus plumas. Ni es menos implacable la cocina que la moda. La perdiz busca refugio en agrestes y ásperos sitios; la avutarda se aleja de nuestros climas; las becadás, los ánades, las codornices, las cercetas, los chorlitos y las alondras pagan anualmente sabroso tributo á los *gourmands*, y hasta los nidos ocultos en el ramaje de los bosques son objeto de especulación, y destruidos ó espoliados, no por muchachos traviesos solamente, sino también por hombres ganosos de convertir en dinero los delicados huevecillos.

¿Cómo evitar esa devastación? El Sr. Oustalet propone la multiplicación de los nidos artificiales y la apertura de agujeros en las paredes de casas, jardines y huertas, y en los mismos árboles, para que sirvan de refugio á los pájaros insectívoros; así, en lugar de las paredes oyen, podría decirse que las paredes cantan. Atribuirán nuestros agricultores á las precedentes observaciones la importancia agrícola que realmente tienen? ¿Llegarán á ocuparse en proteger á los pájaros? Bueno fuera ciertamente; pero dudamos que se extienda á otras aves el respeto que los labriegos profesan á las cigüeñas y á las golondrinas.

